

que han dado en emplear ciertos escritores, de algun tiempo á esta parte, al exponer los principios de las ciencias: nunca olvidarémos que la sobriedad es necesaria, tanto como la claridad y la solidez, en esta clase de escritos.

Lo hemos dicho todo. Indicado está nuestro pensamiento. De su simple manifestacion parecen brotar dos dudas. El método propuesto ¿es conforme al método deseado? ¿La economía de la obra es conforme á su plania? Nada dirémos nosotros sobre este punto; porque la respuesta deben darla no el escritor, sino los alumnos, los profesores y la opinion pública.



ESTUDIOS FUNDAMENTALES

SOBRE

EL HOMBRE,

CONSIDERADO BAJO EL TRIPLE ASPECTO DE LA RELIGION,
DE LA MORAL Y DE LAS LEYES.

LIBRO PRIMERO.

De la existencia del hombre y espiritualidad del alma.

ESTUDIOS FUNDAMENTALES

EL HOMBRE.

DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS FUNDAMENTALES

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEON
Instituto de Estudios Fundamentales

ESTUDIOS FUNDAMENTALES

SOBRE EL HOMBRE.

LIBRO PRIMERO.

INTRODUCCION.



A existencia del hombre es la basa de nuestro estudio presente; ¡mas la existencia del hombre es un hecho que debe probarse! No; porque este hecho no puede ser disputado sino solo en un hospital de dementes, y un establecimiento de esta clase no es teatro para la controversia. Sábcese mui bien que hai tres fuentes de certidumbre para probar la existencia de los hechos; conviene á saber, la voz de la conciencia, la relacion de los sentidos y el testimonio de los hombres. Pues que se trata de la existencia del hombre, debe prescindirse del tercer conducto, para no incurrir en un círculo vicioso; ¿qué resta pues? El sentido íntimo y las afecciones externas, y esto ha bastado siempre para ponernos en claro nuestra propia existencia. Considerado el hombre bajo el doble aspecto de su vida interior y su organizacion física, siente y piensa; su pensamiento es tambien el sentimiento de la afeccion externa, y la conciencia el irrecusable testigo de su propio pensamiento. Por esto el mismo *Descartes*, que estableció la duda como basa metódica de investigacion y primer criterio de verdad, no se detuvo mas que un instante sobre el hecho de que trata-

mos. *Pienso, luego existo*, dijo; y sin detenerse mas, pasó adelante. Sea pues lo que fuere de la duda cartesiana en la cuestion de métodos, el punto de partida del filósofo será mas que suficiente para sacar la existencia del hombre del círculo de las dudas metódicas, del número de los objetos controvertibles. Importa ménos pues divagar la mente en la curiosa cuestion de la existencia humana, que venir al serio estudio de su forma, viendo lo que es esta existencia, y para hablar sin figuras, entrando directamente en la cuestion de nuestra naturaleza.

El hombre, destinado por la excelencia de su naturaleza para dominar con la inteligencia toda la creacion, reúne todos los elementos de vida que se conocen, todos los atributos de los seres que pueblan la superficie del globo. El tiene lo que tienen todos; ninguno empero tiene cuanto él posee. Su constitucion física, su organizacion animal reconcentran en su ser multitud de analogías. Como todos los cuerpos, el suyo es extenso, figurado, impenetrable, divisible &c. &c.; como todos los animales, él nace por la generacion, crece, se nutre, se desarrolla, toca á la perfeccion de la madurez, declina, muere. ¿Queréis saber lo que es su cuerpo en clase de simple cuerpo? preguntadlo al físico. ¿Queréis saber lo que es este cuerpo mismo, y la categoría que ocupa en la escala del reino animal? preguntadlo al naturalista. ¿Queréis comprender la economía de esta máquina bajo el carácter único de cuerpo humano? preguntadlo al anatómico, al fisiologista, al médico en suma.

Todo el mundo está de acuerdo sobre el carácter verdadero de la naturaleza humana en el orden físico y en el sistema fisiológico; todo el mundo sabe en qué consiste nuestra naturaleza corpórea, y cuáles son los atributos que tenemos de comun con todos los animales. ¿Pero esto es todo el hombre! Nadie lo ha creído así: los mismos naturalistas han otorgado una gerarquía á su sensibilidad, y no le rehúsan el tributo debido á la organizacion mas perfecta y al mas poderoso de los seres que habitan el globo. Desde la antigüedad mas remota se ha colocado en la primera categoría de las ciencias el conocimiento de sí mismo, y ha figurado por tanto en el primer término el estudio del hombre. Todos los filósofos han caminado casi de acuerdo al analizar este ser bajo el aspecto único de la naturaleza organizada y animada: todos al mismo tiempo, si no de un modo expreso, á lo ménos con una tácita elocuencia, denuncian una opinion comun sobre que hai en el hombre un algo mas de lo que el bruto mas hábil y diestro puede ofrecer á la mirada

analítica de la ciencia; pero ¿qué sea este *algo mas!* he aquí el punto de donde parten las controversias, y lo que ha dividido al mundo filosófico desde la mas remota antigüedad en dos grandes porciones que llevan los nombres de *materialistas y espiritualistas*.

Es mui deplorable por cierto el cuadro que presentan aquellos filósofos, que mal avenidos con los sanos principios, y despreciando las indicaciones de la misma naturaleza, se abandonan al delirio de los sistemas, en que no hai otro fundamento que las conjeturas mas ó menos ridículas, otro estímulo moral que el empeño de abolir toda regla, ni otro aliciente literario que el prurito de decir cosas nuevas, aunque sea con menoscabo de las creencias comunes y con absoluto desprecio del buen sentido. No extrañamos por lo mismo descubrir en el teatro de la filosofía tantas opiniones absurdas, que ya casi no se recuerdan sino para mostrar á los incautos cuán peligroso es olvidarse de los buenos principios y aferrarse en ser original, principalmente cuando se trata de aquellas verdades que miran al destino de nuestra existencia, y en que reposan las esperanzas de todo el género humano. Los que mas se han distinguido en impiedad y prostitucion, son tambien los que mas empeño han tenido en arrebatar á la filosofía con la espiritualidad del alma uno de los mas fuertes apoyos de las ciencias morales. Pero siempre será un triunfo para la buena causa el espectáculo que ofrecen esas transformaciones frecuentes, verificadas á impulso de una razon ya corrompida y de un corazon depravado. Tal se nos presenta Voltaire, el gefe de los incrédulos. Ya le vemos abogar con entusiasmo por la causa de la espiritualidad, ya convertirse ferozmente contra ella para sostener con el mayor descaro el materialismo, ya, finalmente, caer en una hipócrita perplejidad y afectar cierta duda con el objeto de introducir el desorden y hacer partido entre los incautos. Helvecio primero toma parte en esta misma duda, y no se permite pronunciar sino *juicios provisorios*; pero mui poco despues ya le vemos furiosamente decidido por el materialismo. Finalmente, Argens, Freret, Robinét, Cabanis, &c., nos permiten recorrer en el conjunto de sus obras una serie de opiniones diversas, que parecen subsistir como una prueba de la fragilidad humana. Ya se nos dice que el alma es toda espíritu, ya que es mitad cuerpo y mitad espíritu; ora, que tenemos dos almas, ambas materiales, ora, que tenemos una alma con dos personas: estos nos afirman que hai en el hombre una persona, una alma y un espíritu, perfectamente dis-

tintos entre sí, pero todo material; aquellos nos aseguran que en el hombre y en la naturaleza no hai nada real sino la materia. De esta manera pretenden arrancarnos de nuestro camino comun y empeñarnos en el laberinto de las conjeturas: nos hablan de una manera ininteligible, con el fin de sumergirnos en una duda caprichosa, que ellos mismos, si hablaran con sinceridad, confesarían que les era imposible tener. Opongamos pues á estos miserables juguetes de una razon extraviada, el testimonio de la conciencia, los resultados de la observacion, la fe del género humano y la voz de la religion cristiana: no necesitamos de otra cosa para comprender la naturaleza del alma.

Tales son efectivamente los medios de que podemos servirnos con entera seguridad, para establecer con solidez los fundamentos en que descansa el dogma de la *espiritualidad del alma*. El que quiere imponerse á fondo de una verdad, entra primero en sí mismo y consulta á su conciencia; aplica luego su razon á lo que pasa fuera de él; consulta en seguida la opinion de los otros; y por último, á fin de asegurarse mas, escucha la voz de Dios en aquellas cosas que de algun modo pertenecen al destino del hombre. Si todos estos caminos le conducen á un mismo término; si todo le suministra las mismas instrucciones; si su conciencia, su razon, el género humano y Dios mismo, le aseguran de una misma cosa, adquiere sin duda sobre la existencia de ella el último grado de evidencia, descansa tranquilo en la posesion de su verdad; y apoyado en las pruebas de que se ha servido, no vacila un instante, por mucho empeño que tomen en derrocarlo la impostura y el error. Podrá tal vez no responder á todas las objeciones que se le opongan; mas esto nada importa para él, porque la evidencia de sus pruebas le ha persuadido, muy de antemano, que nada pueden las dificultades que es capaz de fingir un ingenio agudo y sofisticado para oscurecer, ni aun en parte, las verdades que tiene ya tan sólidamente demostradas. Entremos pues en materia.

CAPITULO I.

TESTIMONIOS DE SENTIDO ÍNTIMO EN FAVOR DE ESTA VERDAD.

Hai en el alma un sentido interior y constante, que nos advierte de todo cuanto pasa dentro de nosotros mismos. Nuestra existencia, nuestros pensamientos todos, nuestros

gustos y nuestros pesares; las turbulencias de las pasiones, ó el dominio que se tenga sobre ellas; el placer ó el dolor; las benéficas inspiraciones de la virtud, ó los crueles y atroces remordimientos del vicio; todo lo sabemos por este sentido interno que no descansa ni emudece jamas. Sin él lo ignoraríamos todo profundamente, y en la impotencia en que nos hallásemos de saberlo, seríamos incapaces de comunicarlo á los otros; y de esta manera la historia secreta del corazon seria totalmente ignorada de los hombres. Pero no sucede así, porque todos escuchamos esta voz, y la experiencia constante de todos los dias, nuestro lenguaje comun, y la conducta del hombre en las situaciones de la vida, prueban evidentemente su existencia. Este sentido íntimo se conoce comunmente con el nombre de *conciencia*. Consultemos pues á este oráculo, reconocido por casi todos los filósofos, como un testimonio infalible de verdad, cuando se trata de la existencia de todo lo que pasa dentro de nosotros mismos.

“Yo siento en mi interior que existo, siento la presencia del YO, ó digase de la personalidad humana: ninguna fuerza es capaz de arrancarme esta persuasion, y en consecuencia, de presentarme bajo el carácter de falsedad el íntimo y profundo sentimiento de mi ser. Es así, que no siento yo, ni la existencia, ni la figura, ni la estructura de mi cerebro, ni de alguna parte interior de mi cuerpo; luego cada una de estas partes, y todas juntas, no constituyen el YO; luego lo que he sentido es una cosa diversa de mi organizacion interior: luego el alma es una sustancia diversa del cuerpo. Todavía hai mas: lo que yo he sentido no me ha dado las ideas de extension, de figura y de impenetrabilidad, ideas tan esenciales á la materia, que sin ellas es absolutamente imposible el concebirla. Luego el YO, ó la personalidad interna que concebí, no es ni puede ser una cosa material, y en consecuencia, el alma, que es este YO concebido, es una sustancia espiritual.”¹

Un anciano comprende, por la voz de su conciencia, que existe en su interior el mismo individuo que existia hace noventa años; siente que este individuo, en tan largo espacio de tiempo, ha recibido diferentes ideas, formado multitud de juicios, pasado por muchas alternativas; que el placer ó el dolor, la alegría ó la tristeza, el contento ó la desazon, le han dominado á su vez por causas diferentes, en tiempos separados y en circunstancias muy varias: sabe y conoce que las relaciones en que se halla con los otros individuos de su

¹ Bergier.